



MONTERREY, N.L. DOMINGO 15 DE ENERO DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

Pequeño homenaje a E.T.A. Hoffmann

Molière
escritor de rigor**LA CASA ABANDONADA****CARLOS ALEJANDRO**

Los habitantes de la comarca sospechaban que había otros motivos, ya que nunca habían visto una aparición cuando paseaban por Avenida de los Misterios. Aunque escuchaban emanar desde la casa abandonada al final del camino, los sonidos que parecían ser de un piano, nunca creyeron que pudiera tratarse de un fantasma.

Hasta que un día nebuloso de invierno, cuando el viento soplabo como las olas del mar, fluyendo entre la corriente de aire como marea que sube y baja a un ritmo obstinado y profundo, se escuchó el sonido fantasmal de la casa en cada rincón del pueblo.

Eran tiempos en los que las vías del ferrocarril sólo llegaban a regiones vecinas, se acercaba el cambio de siglo. La gente comenzaba a hablar de la música del pasado como la música de los clásicos y reconocía las tonadas de algunas melodías simples, así es que aquella pieza que parecía brotar del golpeo de las cuerdas del piano abandonado, estaban siendo reconocidas como el terror que se apodera de un espíritu: era la Marcha Fúnebre que solía interpretarse en la Iglesia cada vez que acaecía un deceso. Aunque ahora el sonido era más sordo y mucho más fuerte, como si una multitud hubiese fallecido.

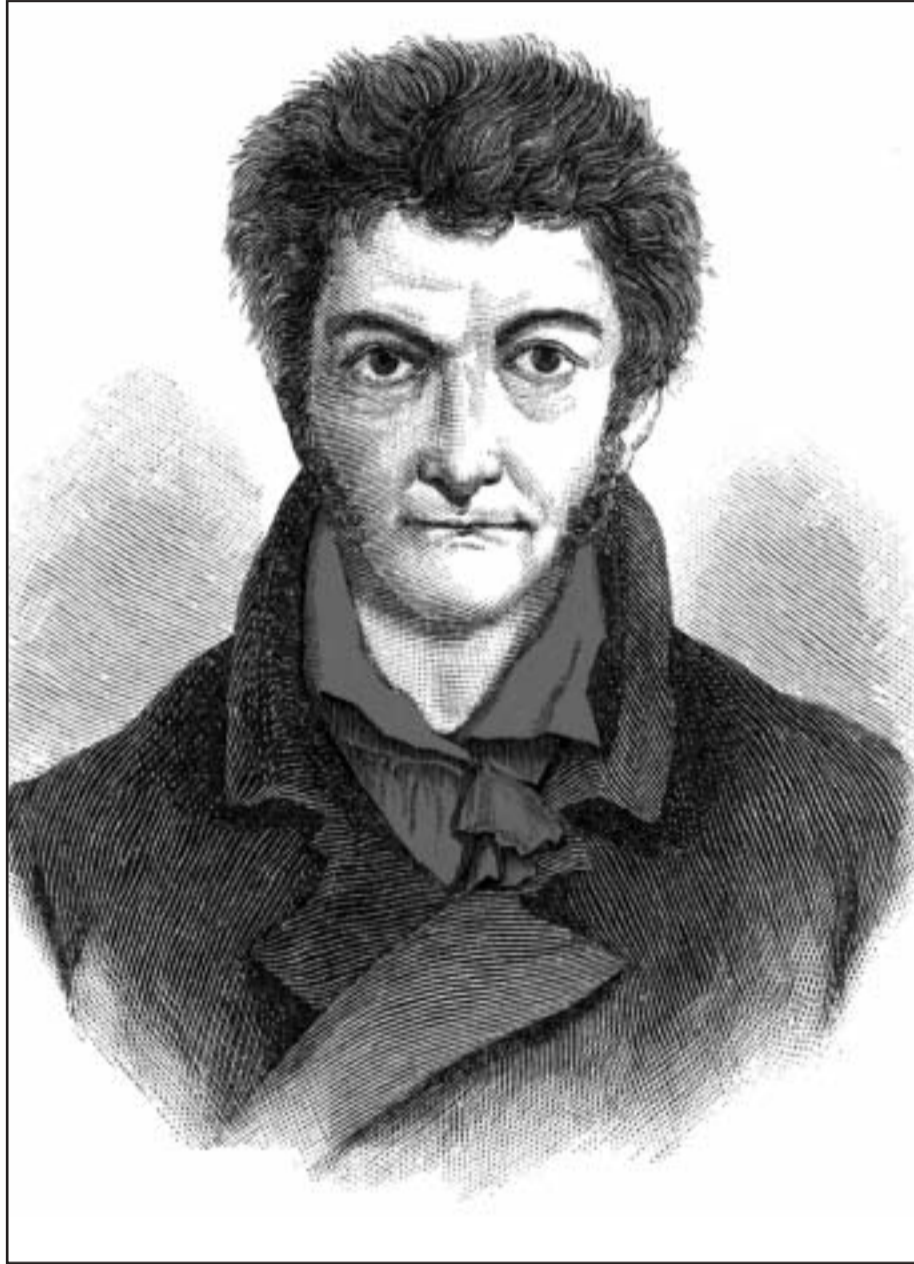
Las notas graves sonaban invitando a los habitantes a salir de sus casas; y ellos, hipnotizados, comenzaron a dirigirse hacia las vías del tren. La aldea entera estaba en movimiento: viejos y jóvenes, hombres y mujeres, caminando de un lado a otro, buscando la senda, siguiendo a los otros; excepto un grupo de tres jóvenes musicalmente sordos, que no distinguían un Fa de un Mi bemol, ni siquiera de un Do.

Se quedaron perplejos al observar a los pobladores alejarse hacia el pueblo vecino, sin que nadie diese respuesta a sus preguntas explícitas sobre a dónde se dirigían y por qué se iban.

Los tres amigos reconocían el sonido del piano, pero no encontraron relación entre ese hecho y lo que sucedía frente a sus ojos, hasta que uno de ellos recordó la leyenda del flautista de Hamelín (documentada, por cierto, por los hermanos Grimm, no por E.T.A Hoffmann), y dijo: "Creo que a lo largo de la historia, grandes misterios han rodeado la naturaleza humana, narraciones que parecen ficticias o de tierras lejanas, pueden dejarnos incrédulos. ¡Oh, amigos!, viendo lo visible podemos inferir lo que lo invisible es capaz de hacer. Desde tiempos de los antiguos egipcios, la humanidad ha creído en fuerzas ocultas del más allá".

Y apenas habiendo concluido su frase, uno de sus compañeros lo interrumpió diciendo: "¡El espíritu que habita la casa abandonada! Pronto, oh amigos, llevemos hachas para irrupir destrozando su vieja puerta y su piano"

No pasaron más que unos cuantos minutos para que los tres, con los mazos de sus armas en las manos, se abriesen camino entre aquellos seres que parecían muertos vivientes, y llegaron a la casa al



final de la Avenida de los Misterios. Un par de golpes derribó la puerta carcomida; adentro encontraron, inmediatamente en la sala, a una extraordinaria figura sentada frente al piano, quieta y con las manos sobre el asiento, frente a las teclas del fortepiano acústico, que sonaba sin artificio mecánico.

Los tres amigos se acercaron y quedaron asombrados al comprobar que el instrumento era ejecutado a través de telepatía proveniente del autómatas de cera sentado frente al piano. La sensación que experimentaron fue la del miedo en la tierna infancia, quedándose sin respiración, queriendo desfallecer presas de lo indecible, y también de celestial placer, movidos por lo que veían, aquejados por la desesperanza de tener que destruir un artefacto cuyo estudio claramente prometía un avance para la ciencia.

Cuando la melodía fúnebre cesó, intentó animosamente, uno de los amigos, de consolar la situación, al tiempo que otro pronunciaba las ciegas palabras: "¡Lo hemos perdido!"

"¿Y ahora qué?", preguntó Otomar, "¿qué sucedió con los aldeanos?"

"Os he dicho de antemano que era solo un fragmento el que os iba a contar", replicó Teodoro. "El resto lo dejo para avivar la fantasía".

**CUANDO EL JARDÍN COBRÓ VIDA
OLGA DE LEÓN**

Llegó al mediodía. Golpeó con firmeza la aldaba de la enorme puerta de roble sólido, que daba acceso a los hermosos jardines frente a la residencia.

Una mujer en impecable uniforme blanco de seda y lana acudió a abrirle. Pase usted señorito Leandro. Asintió con la cabeza sin mirar a la joven mujer, y se dejó conducir a través del camino zigzagueante hasta la entrada principal.

Recordaba perfectamente la residencia, a pesar de los cinco años de no visitarlos; pero como siempre fue educado y dócil, cumplió con el protocolo de las visitas. Ya dentro, en cuanto lo vieron el padre (su tío), el hijo mayor y su amigo se levantaron de los sillones y se aproximaron para saludarlo; su amigo con un abrazo, ni efusivo ni seco; el hermano mayor, con una palmada al hombro. El tío extendió la mano y lo jaló suavemente para darle un abrazo. Luego, Leandro dio unos pasos y se acercó a la madre y tía que permanecía sentada: le plantó un beso en la mejilla, al tiempo que exclamaba: ¡qué gusto estar aquí!

Hacía tanto tiempo que no los visitaba, no por falta de ganas, sino por... No terminó la frase. Don Teodoro respondió al saludo de su invitado: ciertamente, hijo, hace mucho que no te veíamos, y la verdad: te extrañamos.

¡Bien, bien!, dijo doña Catalina -quien hizo una seña al marido para que mirará al frente de ellos-, podrán continuar la charla después de comer. Un poco más allá del arco bajo la entrada al comedor, la joven que serviría las viandas a la

mesa, esperaba la orden de su ama. Se sentaron todos, pero un lugar quedó sin ocuparse, a pesar de que frente a la silla y sobre la mesa estaban colocados platos, cubiertos y copas, con la consabida servilleta de fino algodón blanco perfectamente planchada y doblada, a un lado.

Apenas se sentó el invitado, donde le indicaron, se percató de la silla vacía a su derecha, Fortunato, el amigo de la infancia quedó frente al lugar vacío. Leandro quiso preguntar por la ausente; optó por callar, seguro de que en cualquier momento aparecería.

Terminaron de comer, la madre anuncia que se retira, arguyendo deberes pendientes por hacer. Bien, Leandro, como ya te dijo el jefe de la familia: ¡eres bienvenido y siéntete en tu casa! Gracias, tía Catalina, ¿puedo seguir llamándola así? ¡Claro, hijo!; dio un beso en la mejilla al esposo, y salió del comedor. También yo me retiro dijo Torcuato, y salió.

-Bien, vayamos a la salita contigua y tomemos un vinito digestivo, invitó el padre. Se sentaron junto a una mesita con cuatro cómodos sillones. También había mesas para juegos y varios cuadros colgaban de las paredes, eran pinturas de los miembros de la familia con sus respectivas mascotas: todos, caballos. Cada cual tenía su favorito; una yegua pinta era la de Soledad.

¡Sí, eso es!, Soledad es el nombre de la hermana menor, pensó Leandro. ¿Por qué no acudiría a comer? Pero, especialmente, por qué nadie la nombró; era como si no extrañaran el que su lugar quedara vacío.

Platicaban sobre sus vidas en los últimos años. El amigo, al fin, preguntó: ¿por qué no volviste, Leandro? Pensé que mi persistencia en platicar con tu hermana, Soledad, fue mal vista de tu parte. Entendí, desde hace cinco años que mi presencia en esta casa dejaba de ser grata. Estabas en tu derecho y, seguramente, tus padres tampoco lo aprobarían.

¿De qué hablas?, dijo el amigo. Por qué dices tal cosa. Tú sabías muy bien que desde aquel invierno previo al final del año, mi hermana ya no vivía, estaba muerta hacía más de seis meses. Y tú insistías en que hablabas con ella todas las tardes, antes de entrar a la casa, en los jardines. Fue entonces que en un acto de desesperación, te grité: ¡Ella está muerta!, no pretendas engañarnos.

Don Teodoro enjugó una lágrima que amenazaba con correr por su mejilla, y con un nudo en la garganta, dijo: -hijo, ¡basta de recriminaciones!, Leandro ha regresado, ya no nos tortures con eso.

Leandro había concluido sus estudios en Psiquiatría con una especialidad en Francia, y había accedido a la invitación que ahora lo mantenía pegado al asiento. Volvió a raíz del llamado de doña Catalina, quien le escribió: "Mi muy querido hijo, ven pronto. Te necesitamos; yo también he visto a mi hija en el jardín, con uniforme de ama de llaves, pero no me habla, aunque sé que ella es quien trae a las pocas visitas que se acercan a esta casa".

Oscar G. Baqueiro

Calpulalpan

Esta palabra, del náhuatl, en traducción libre, significa "barrio de muchas casas". Es el nombre de dos poblaciones mexicanas, una en el Estado de México y la otra en el Estado de Tlaxcala. El primero de estos lugares, más pequeño que el otro, es más conocido pues allí hubo una batalla el 22 de diciembre de 1860 entre conservadores al mando de Miguel Miramón, a quien acompañaban 7 generales y ocho mil soldados con 30 piezas de artillería.

Por el lado liberal el jefe fue el Gral.

Manuel González Ortega (sin instrucción militar) acompañado por Ignacio Zaragoza (sí con instrucción militar) y 3 generales más, once mil soldados reclusos y 14 piezas de artillería. Sin embargo los conservadores perdieron lo que hace que Miramón se retire a la capital la noche buena de ese año y concluya de ese modo la Guerra de 3 Años que los conservadores hicieron en rechazo a la constitución de 1857.

Sigue una etapa de guerrillas conservadoras por corto plazo de manera que el

7 de septiembre de 1861 cuando el Gral. Marcelino Cobos, conservador fue derrotado por el Cnel. Antonio Carvajal, liberal, en Calpulalpan, de nuevo. Cobos fue pasado por las armas de inmediato, pero repito ya fueron meses de guerrillas conservadoras que no modificaron el triunfo constitucionalista de diciembre anterior,

Hay que reconocer que en uno y otro bando hubo gente de muy fuertes convicciones y que, de manera lamentable, se lanzaron a la lucha armada fratricida en defensa de sus ideas con poca ocasión

para un diálogo político que permitiera encontrar una solución satisfactoria que no tuviera un costo de sangre, pues las familias mismas estaban divididas en razón de la nueva carta magna.

Las guerras civiles o intestinas como pasó ese mismo tiempo en los Estados Unidos por el racismo radical entre surianos y nortños, o más tarde la de España (1936-39) entre republicanos y monárquicos dejan enormes heridas en los respectivos pueblos.

ad pēdem literae

La infancia es un privilegio de la vejez. No sé por qué la recuerdo actualmente con más claridad que nunca.

Mario Benedetti

Letras de
buen humor

Los niños son como las estrellas. Nunca hay demasiados.

Madre Teresa de Calcuta